

EL TEMA DE LA LIBERACION EN LA SAGRADA ESCRITURA

INTRODUCCION

Es difícil hablar de una doctrina escriturística de la liberación. La Biblia no presenta ninguna definición unívoca de ella, ni ningún cuadro consistente de lo que comporta. Una discusión adecuada de algunos aspectos del dato bíblico requiere a menudo aclaraciones auxiliares, calificaciones y reservas. Esta necesidad se hace patente cuando se compara la doctrina uniforme del Nuevo Testamento con la variedad y complejidad de elementos del Antiguo Testamento. Los escritores del Nuevo Testamento, hablando sobre la acción liberadora de Cristo, miran esta realidad desde una perspectiva tan vertical y espiritual, que tienen poco que decir acerca de sus incidencias horizontales en la vida política, cívica y social. El Antiguo Testamento, por el contrario, presenta un cuadro más amplio que incluye ambas orientaciones: la espiritual y la social. Desafortunadamente, sin embargo, muchos de los elementos humanos que aparecen en la historia de Israel carecen de la realidad paradigmática, que es esencial para la formulación de una auténtica teología.

Esta sumaria exposición no pretende disminuir la validez del estudio del tema de la Liberación en la Biblia. La palabra inspirada de Dios da ciertos conocimientos acerca de su verdadero significado y, aunque con líneas entrecortadas, traza el desarrollo de este tema. No parece probable, sin embargo, que se pueda formular una *theologia perennis* simplemente computando las afirmaciones bíblicas acerca de la Liberación.

(*) *Nota del Autor:* La forma esquemática de este trabajo se debe a la urgencia de componerlo en un espacio muy corto de tiempo. En nuestro caso esta forma puede ser una ayuda que facilite la discusión de los puntos particulares en el desarrollo.

PROCEDIMIENTO

Es posible basar un estudio en aquellas palabras-clave que aparecen en el Nuevo Testamento y en la versión de los LXX del Antiguo Testamento: V. g.: (*apolytrosis, sôteria, eleutheria* y sus formas análogas. Aunque utilizado valiosamente por el *TWNT* y el *Vocabulaire de Theologie biblique*, este estudio del vocabulario no es suficiente y puede ser ambiguo. No sólo utilizan ambos testamentos otras palabras para hablar de la Liberación, sino que también, especialmente en el estudio del Antiguo Testamento, la correcta comprensión del valor doctrinal de los textos bíblicos requiere familiaridad con el contexto real y psicológico en que éstos aparecen.

El mejor método, por lo tanto, parece ser el «método descriptivo», seguido por autores como Eichrodt y Von Rad (en el Antiguo Testamento), Bornkamm y Cerfaux (en el Nuevo Testamento). Este método toma en cuenta todos los aspectos de las expresiones bíblicas: teológico, cultural, político, social y personal.

I.—EL TEMA DE LA LIBERACION EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

1. *Liberación a través del Exodo* (Ex. 1-24).

Cualesquiera que pudieran haber sido las anteriores vicisitudes de las tribus de Raquel y Lia, éstas se convirtieron en Palestina en el «Pueblo de Jahveh» aglutinadas en una débil unidad por su recuerdo perenne de la actuación poderosa con que Jahveh les salvó de la servidumbre de la esclavitud de Egipto y les constituyó en su propio pueblo. Los acontecimientos claves que figuran en el recuerdo israelita de la «Liberación de Egipto» son de dos clases: Primera, su actual liberación de la tiranía de Egipto, principalmente por medio de la actuación milagrosa de Dios en el Mar Rojo; segunda, el establecimiento de un lazo familiar con Jahveh a través de la fijación del tetragrama JHVH como el nombre propio del Dios del Exodo, con un rito de Alianza en Sinaí y de la actuación solícita de Dios durante los años de camino por el desierto.

Esta liberación, por tanto, influye en todos los aspectos de la existencia del pueblo de Dios: espiritual, físico y material. Ejercerá una influencia pedagógica en la vida del «Pueblo de Dios» en Palestina y obrará activamente en el curso de su historia. Deben resal-

tarse algunos factores referentes al constante recuerdo de Israel de este acontecimiento creador.

a) Para designar esta «liberación», el texto hebreo utiliza como expresiones sinónimas los verbos *padah* (un término de la legislación comercial) y *ga'al* (un término de la legislación familiar: Cf. Lev. 25, 23-55; Num. 35, 19 ss.; Rut. 4, 5). Los LXX a menudo traducen estos términos con *lytroun* o *sōzein*.

b) El pueblo de Dios mantiene vivo el recuerdo de esta liberación creadora con la confesión litúrgica: «Jahveh liberó a su pueblo de Egipto». Esta frase cültica se repite tan frecuentemente en el Antiguo Testamento, encontrándola no sólo en todas las épocas (en el transcurso de Dan. 9, 15) sino también en los más variados contextos, que ha sido consignada ya como una confesión original de Israel (Cf. Von Rad, Noth, Galling).

c) Poco después de su asentamiento en Palestina el pueblo historizó las fiestas agrarias cananeas con celebraciones litúrgicas que no sólo conmemoraban variados aspectos de la «liberación», sino que también los mantenía vivos como realidades presentes (cf. Von Rad II, 135 ss.). Así la fiesta primaveral del comienzo de la siega de la cebada se transformó en la fiesta de la Pascua que celebraba el Exodo de Egipto (Ex. 12; 23, 25), mientras que las fiestas estivales de la cebada y la vendimia hacían presente la vida en el desierto y la permanencia en tiendas (Lev. 23, 42 ss.).

d) El recuerdo del Exodo-liberación también inspiró la manumisión de los esclavos cada séptimo año (Dt. 15, 12-18; Jer. 34, 8-16), aunque esta práctica no siempre se observó (Jer. 34, 16; Neh. 5, 1-8; Is: 58, 6).

e) Durante algunos siglos el recuerdo del Exodo-liberación inspiró confianza en la continua protección de Dios sobre su pueblo (cf. Os. 2, 16-17; Miq. 7, 15; 1 Mac. 4, 8-11), aunque muy a menudo el pueblo estaba más preocupado por su liberación del mal que por el refuerzo de su fidelidad a Jahveh.

f) Aún estando presente a lo largo de toda la historia de Israel, el tema del Exodo-liberación fue a menudo sustituido por otros motivos en los siglos posteriores. Por ejemplo, se la menciona solamente dos veces en el primer Isaías (10,26; 11, 16). La vívida experiencia (en liturgia) de la contemporaneidad de las actuaciones salvadoras de Dios comenzó a relegarse a un segundo plano en la fe de Israel.

2. Liberaciones en el libro de los Jueces y en 1 Sam. 1-7.

Antes del período de la monarquía, las tribus vivían por separado sus vidas en Palestina como la anficiónía de Jahveh. Este siglo y medio se caracterizó por el constante esfuerzo de supervivencia contra los ataques de los aborígenes palestinos y por importantes liberaciones de la acometida del enemigo. Dos aspectos sobresalen en este período de «Sturm und Drang» en la historia del pueblo de Dios.

a) La explicación que nos ofrece el libro de los Jueces, utiliza una rígida estructura teológica para describir esta experiencia (cf. Jue. 2, 1-5, 11-23). Cuando una tribu pecaba contra los mandatos del Jahvismo, Dios enviaba un enemigo para castigarla; el pueblo arrepentido clamaba a Dios pidiendo ayuda; Jahveh hacía surgir una figura carismática (un *shōphēt*) para «salvar» a su pueblo. En otras palabras, Jahveh utilizaba la opresión para probar y purificar a su pueblo, aunque, cuando se arrepiente, él es de nuevo el salvador victorioso que les libera del sufrimiento.

b) La realidad histórica, sin embargo, se complicó a causa de censurables elementos procedentes de un nivel inferior del desarrollo humano. Aunque *Jueces* habla de algunos caracteres que subsistieron con un fuerte sentido de la confianza personal en Jahveh (cf. Jue. 5, 31, y los notables ejemplos de Rut, Boaz, Noemí, Eli, Ana, Samuel, etc.), no obstante el pueblo en general estaba dominado por el pensamiento grupal de una mentalidad tribal. Aceptaban como el primer principio de su vida y conducta la ley de solidaridad del clan en la fidelidad y la culpa, la victoria y la derrota. Históricamente, pues, este período está oscurecido por las rivalidades tribales, las rencillas de sangre, el *Herem* (destrucción total de una tribu), y la fácil incorporación de las abominaciones cananeas en el ritual de la victoria tribal. A causa de estos elementos existentes en el contexto cultural del período, la teología del libro de los Jueces parece demasiado simplista como para proporcionar un criterio adecuado que determine qué era acertado y qué estaba equivocado en las «liberaciones» de esta época.

3. Liberación en el Periodo de la Monarquía.

El nacimiento de la monarquía abrió un nuevo cauce en la historia de Israel. A través de las actividades de Saul, David y Salomón, la débil federación de la anficiónía de Jahveh se transformó en un

formidable estado con una fuerza sin precedentes, pero quedó minada internamente. Mientras el Deuteronomista y el Cronista saludaban esta evolución como la realización de un don divino de «liberación» garantizada, otras voces en Israel expresaban pesar a causa de esta sustitución del mando directivo de Jahveh por el mando directo del Rey y el Estado. Estas dos escuelas de pensamiento aparecen claramente en los sentimientos reales de 1 Sam. 9, 1-10, 6, y en los textos antirreales de 1 Sam. 10, 17-24; 12. El hecho es que la garantía divina de la continuidad del trono de David no estaba incluida dentro de las series de expresiones confesionales que otorgaban la primacía a la frase cúllica: «Jahveh liberó a su pueblo de Egipto».

Desde el punto de vista de la liberación, la monarquía produjo un triple efecto:

a) Liberó a Israel de los ataques de los filisteos y, al menos durante algún tiempo, proporcionó un baluarte contra las invasiones extranjeras. En el aspecto positivo, reforzó la confianza de la nación en Jahveh por medio de renovaciones de pactos y la purificación y mejora del contenido y forma del culto. La reforma Deuteronomista bajo el rey Josías fue un ejemplo significativo de cómo los estatutos reales sirvieron para establecer el jahvismo como la verdadera religión nacional.

b) El asombroso alcance de la monarquía, especialmente en tiempos de Salomón, sirvió, sin embargo, para poner de relieve la fricción entre la corte burocrática y codiciosa de Jerusalén y las antes autónomas tribus. La ruptura con las tribus del norte bajo Jeroboám fue verdaderamente una «liberación» del tiránico control del rey del sur, aunque no proporcionase un sustituto viable. Si había soportado antes la opresión de la monarquía davídica, ahora el norte cismático sufría mucho más gravemente bajo una sucesión de dinastías ineficaces que poco hacían para contener el paganismo que infestaba a la sazón profetismo y sacerdocio, y que era impotente contra los frecuentes ataques de los invasores extranjeros. Israel, las tribus del norte, sucumbió bajo el acoso asirio en el 722.

c) Más importante que la afirmación política norteña de la independencia tribal fue el surgimiento de la independencia personal que vino como una reacción contra la viciada religión estatal. Como a menudo el culto del templo y las costumbres reales estaban infectadas de un sincretismo entre Jahvismo y cultos paganos, algunos pioneros de Dios criticaron al rey y al estado, denunciando abusos y

afirmando la necesidad de una fidelidad personal a Jahveh, aún cuando ésto supusiese oposición al rey y a las gentes de la nación. Los principales promotores de esta importante nueva doctrina de la libertad de espíritu fueron designados de varias maneras: «Profetas», «Hombres de Dios», «Hombres del Espíritu». Su obra merece un análisis más detenido.

4. *La liberación en los escritos de los Profetas.*

A través de la predicación y los escritos de hombres como Elías, Eliseo, Oseas y Amós en el norte, e Isaías, Jeremías, Ezequiel y los demás profetas del sur, el pueblo de Dios fue instruido en el auténtico significado de la «liberación». De modo similar todos los profetas enseñan que la liberación de la miseria, la opresión, la pobreza y el sufrimiento sería vana e ilusoria si no fuera acompañada por la justicia, la caridad, la pureza de corazón y el sincero culto individual a Dios, que son esenciales en la personalidad de Israel como «Pueblo de Jahveh». Esta enseñanza introdujo algunas orientaciones nuevas en el modelo habitual del pensamiento teológico de Israel.

a) Aunque el sentimiento semítico de la solidaridad nacional y tribal permaneció siempre como parte del concepto israelita del hombre, los profetas enseñaron con la palabra y el ejemplo que esta mentalidad colectiva debía ser purificada por profundas convicciones acerca de la responsabilidad individual (cf. Eichrodt, *Theology of the O. T.*, 231-67, para un estudio de la solidaridad individual en el pensamiento profético). Mientras que todos los profetas enseñan implícitamente que sólo la fidelidad personal a la palabra de Dios puede traer Justicia y Paz, esta verdad está explícitamente articulada como una norma obligada del comportamiento humano en Jeremías (31, 29-30) y Ezequiel (c. 18). El giro, entresacando palabras de estos dos profetas, aclara para siempre que ni la solidaridad, ni Jahveh mismo pueden salvar al hombre sin su cooperación personal. Como sus insistentes palabras a menudo caían en oídos sordos, Jeremías y Ezequiel esperaron una nueva intervención de Jahveh que liberaría al hombre colocándolo ante Dios con un constante sentido de la responsabilidad personal. Reanimados con esta expectación y bajo el impulso de la inspiración, prometieron una «nueva Alianza» que transformaría el corazón y el espíritu del individuo (cf. Jer. 31, 31-34; Ez. 36, 21-28).

b) Aunque existe cierta ambivalencia en las expresiones concretas de los profetas, puede decirse que nunca entendieron que la expresión «Jahveh Sebaoth» (que utilizan 247 veces) significase el apoyo automático de Jahveh al ejército de Israel. El núcleo de su enseñanza era que la paz y la justicia vendrían únicamente si la nación y cada uno en particular eran fieles a los mandatos del jahvismo. Así Miq. 6, 1-8 interpreta y aplica a sus días el significado espiritual de la «liberación» paradigmática del pueblo de Dios en los tiempos del Exodo. Más tarde, en un oráculo escrito con un tono agudo y polémico, Zacarías llega a oponerse a la idea de recurrir a medios humanos o políticos para defender la nueva Jerusalén: «No por la fuerza, ni por el poder, sino por mi espíritu, dice Jahveh Sebaoth» (Zaz. 4, 6).

c) Hay que resaltar, sin embargo, que en su insistencia en la fidelidad nacional y personal a Jahveh y en sus diatribas contra la confianza en las solas fuerzas naturales, los profetas no son indiferentes a las necesidades psicosomáticas de paz y bienestar material de su pueblo. Para asegurarlas llevaron a cabo un apostolado social práctico. No sólo condenaron los abusos contra la justicia y denunciaron toda forma de opresión, sino que hicieron surgir también la esperanza de paz y prosperidad como resultado de la fidelidad a Jahveh. Si a veces su doctrina parece excesivamente severa con la riqueza, la política y el ejército, era debido a que sentían necesidad de corregir una mentalidad defectuosa que, con su confianza en los recursos humanos, era indiferente a las exigencias de Jahveh.

5. *La liberación del Exilio de Babilonia.*

La monarquía y el estado recibieron un golpe moral con la destrucción de Jerusalem y del templo en el 586. Mientras Jeremías vio en este suceso una confirmación de su enseñanza acerca de la necesidad de atender a Dios más que al hombre, el 2º Isaías y los que estaban deportados con él en Babilonia pleiteaban con Jahveh y se adelantaban a la esperanza de un nuevo Exodo (cf. Is. 40-55). Como el primer Isaías (10, 25-27, en tiempos de la invasión asiria), el segundo Isaías detecta un paralelismo entre la esperanza de «liberación» de Babilonia y la antigua liberación del Exodo (40, 3-5).

a) Como la primera liberación, la segunda será gratuita y creadora (Is. 45, 9-13; 52, 3-6). Aunque la misericordia de Dios aparece

más claramente en la segunda, ya que el Exilio es un castigo por los pecados.

b) El uso frecuente de *Go'el* en Is. 40-55, hace referencia a la persistencia de un lazo familiar entre Jahveh e Israel en razón de la alianza contraída en la primera liberación (cf. Ex. 4, 22) la nación permanece y será redimida como la «esposa de Jahveh» (Is. 50, 1).

c) La liberación del Exilio, como el Exodo, mejorará la situación de Israel tanto en el aspecto espiritual, como en el material (aunque, en el caso actual, los deportados vuelven a un país mucho más pobre que el que habían conocido antes del exilio). Durante los años de Babilonia algunos experimentaron una verdadera conversión y adquirieron una nueva escala de valores. En sus sufrimientos aprendieron aquello que los profetas habían predicado insistentemente: que el eje central de la vida es la libertad del corazón humano para amar y servir a Jahveh con fidelidad personal.

6. Liberación en el periodo postexílico.

La liberación que imploraban los exilados se hizo realidad por obra de los providenciales e iluminados soldados de Ciro el persa (c. 536). Quienes volvían a Jerusalem se habían beneficiado verdaderamente en su espíritu de los sufrimientos de su cautividad y de la conciencia de la misericordia de Dios al liberarlos. Otros, sin embargo, en su fuerte desilusión a causa de la pobreza material y la oposición que ahora encontraban, se inclinaron a olvidar las enseñanzas del Exilio (cf. los libros de Esdrás y Nehemías). Estas diferencias, originantes de una polarización, van a caracterizar los cuatro siglos de la historia judía que siguieron al Exilio.

a) En el post-Exilio se puso de manifiesto un nuevo florecimiento de la piedad personal en la fidelidad personal a Jahveh y en la *gnosis* y la *sophia* que los hombres buscaban en la devoción a su palabra. La meditación reflexiva del corazón quedó reflejada en la rica literatura de este periodo: las instrucciones de los escritos didácticos con su acentuación de la fidelidad a Dios en los acontecimientos cotidianos de la vida; los salmos sapienciales y de lamentación en que los hombres pedían, en sus esfuerzos y tentaciones, ser librados del mal personal y ser transformados para ser perfectos en la obediencia a Dios. Los libros de los Macabeos presentan ejemplos de la sólida fidelidad de los Asideos («los devotos») que estaban dispuestos

a sufrir cualquier mal antes que ser infieles a Jahveh. Puede decirse que la enseñanza de los profetas fructificó plenamente en las vidas de este pueblo.

b) Desafortunadamente, sin embargo, estos cuatro siglos fueron también oscurecidos por signos de regresión de algunos judíos. La historia de los exilados repatriados en *Esdras* y *Nehemías*, junto con el libro de Jonás, muestran que la rigidez de un espíritu chauvinista hizo a muchos incapaces de compartir las bendiciones de la palabra de Dios con otros. Unido a ésto, la preocupación popular de instaurar un estado (que llegó a ser una manía obsesiva en los últimos años de los Macabeos) resucitó algunos abusos del período de la monarquía. El libro de Malaquías (1, 6-2, 9) afirma que el pueblo era traicionado a menudo por sus sacerdotes que, para fortalecer sus propios intereses, estaban dispuestos a aceptar el sincretismo del jahvismo con el paganismo. La confianza nacional en la defensa militar y las injustificadas alianzas, unido a la indiferencia hacia el respeto que la fidelidad a la palabra de Dios inspiraría, predestinó a la dinastía Asmonea y puso el país en poder de los Romanos.

7. Conclusiones al estudio de la Liberación en el A.T.

La literatura referente al pueblo elegido de Dios es como un enredado ovillo de elementos divinos y humanos. Aún pueden verse en él ciertos hilos de auténtica enseñanza sobre la verdadera naturaleza de la liberación. Sacaremos aquí las conclusiones que parecen más justificadas.

a) Dios está realmente preocupado y activamente comprometido en la liberación de su Pueblo, como cuerpo orgánico y como persona, espiritual y materialmente.

b) Esta preocupación divina es de dos clases: Trata de liberar del mal espiritual y material para lograr el hombre libre que persiga los verdaderos valores de la total orientación a Dios y su prójimo.

c) La obra libertadora de Dios, aunque incluye la cooperación del hombre, no puede ser lograda solamente por medios humanos como la fuerza militar o la adquisición de bienes materiales.

d) El proceso divino y humano de liberación puede compaginar la ingenuidad humana, que utiliza los medios materiales, con la fidelidad rigurosa a la ley de la conciencia iluminada por la palabra de Dios.

e) Buscar la liberación, mientras se obra en contra de los mandatos encaminados a la recta conducta, es comprometer la realización de la verdadera liberación.

f) Los esfuerzos destinados a la liberación no deben estar dirigidos simplemente por el móvil de la conveniencia nacional o de intereses egoístas encubiertos, sino que debe estar sujeto siempre a la dirección y crítica de la palabra profética de conciencias personales iluminadas.

g) Aún cuando no esté «liberado» del sufrimiento material y la opresión humana, el espíritu humano puede conocer una verdadera libertad a través de la liberación personal del mal moral y la fidelidad personal a Dios y su palabra.

h) Porque Dios mismo es Libertador y porque él quiere que todos los hombres sean liberados, el pueblo de Dios corporativa e individualmente debe cooperar con el deseo divino con la práctica de la justicia, la caridad, la rectitud de conducta y la preocupación activa por liberar al hombre del mal espiritual y material.

TRANSICION

La herencia de la enseñanza del Antiguo Testamento sobre la liberación (adelantando conclusiones dadas más arriba) fue claramente conocida y aceptada por el Hijo de Dios encarnado, fundador y legislador de la nueva Alianza. Esto queda patente desde el momento que él mismo describe su misión como la obra de liberación que el tercer Isaías había anunciado ya (Lc. 4, 18-21; cf. Is. 61, 1-2). No debemos admirarnos, por tanto, de que los escritores del Nuevo Testamento, en vez de repetir el amplio y variado contenido del Antiguo Testamento, se concentren en lo que es personal y espiritual en la liberación del hombre. La razón de esta acentuación es el haber encontrado el verdadero carácter de la Nueva Alianza pergeñado en Jeremías 31, 31-34 y en Ezequiel 36, 22-36. Aunque seminalmente contenida en la enseñanza, promesas y gracias de la Antigua Alianza, la vida que Cristo dio fue una «nueva creación» total que, por su universalidad e interioridad, requería del pueblo de Dios una mentalidad nueva y característica (cf. 2 Cor. 5, 16 - 16, 2). Indicaremos aquí algunos elementos de esta nueva mentalidad que hacen referencia a la acentuación especial que encontramos en los Evangelios y las Cartas.

a) Destinado a todos los hombres, Judíos y Gentiles, la obra mesiánica de Cristo y la acción de su Iglesia estaba dirigida a la eliminación de las divisiones y a fomentar la unidad.

b) Esta tarea universal únicamente puede llevarse a cabo librando al corazón y al espíritu del mal y del egoísmo, enemigos de la caridad y la justicia, que constituyen la gran ley de la Nueva Alianza.

c) El hecho de que la vida en la Nueva Alianza esté dominada por una esperanza escatológica claramente formulada, proporcionaría una nueva postura ante aquellas ásperas realidades de la vida de las que el pueblo de Dios intentaba liberarse en el Antiguo Testamento. La esperanza cristiana de estar «con Cristo» después de la muerte y de participar en la Parusía en el tiempo final llevaba inevitablemente a fortalecer la esperanza (*elpis*) con la acentuación del espíritu de paciencia (*hipomonē*) para sobrellevar las iniquidades y los sufrimientos de la vida que no podían ser eliminados de un modo inmediato (cf. Rom. 5, 1-5; Sant. 1, 2-4).

Haciéndose eco de la vida y pensamientos de la primitiva Iglesia, los escritos del Nuevo Testamento concentraron su enseñanza en estas características centrales y dominantes de la Nueva Alianza. Obviamente, por lo tanto, no presentan una teología completa de la liberación. Estos escritos, por ejemplo, no tienen nada que decir acerca de la eliminación de la esclavitud, la legitimación de una guerra justa, las normas que rigen la rebelión justa, el derecho del estado para ejercer la pena capital, etc. La primitiva Iglesia, como veremos, intentó más inculcar el espíritu de la Nueva Alianza, que discutir problemas particulares que los cristianos tenían que tratar en el plano de las injusticias nacionales, los males sociales y las prácticas discriminatorias. Por el hecho de pensar la primitiva comunidad que su *politeia* estaba en el cielo (cf. Ef. 3, 20) no se vieron desgarrados por los problemas de la iniquidad e injusticia de este mundo.

II.—EL TEMA DE LA LIBERACION EN EL N.T.

1. *La Liberación en la Vida de Jesús.*

a) Al presentar el manifiesto de su misión mesiánica en la sinagoga de Nazareth (Lc. 4, 16-19), Jesús utiliza la promesa isaiana de un Libertador para describir su obra (cf. Is. 61, 1-2).

b) Al llevar a cabo su misión, Cristo rechaza el papel de liberador material que el populacho quería haberle conferido. Las tentaciones de Mateo y Lucas (Mt. 4, 1-11; Lc. 4, 1-13) simbolizan la intransigencia con que, a través de su ministerio, rehusó obrar como un Rey-libertador de la opresión romana (cf. Jn. 6, 15) o como el distribuidor providente de bienes materiales (cf. Jn. 6, 30-33) o como el demagogo al que halaga la aclamación pública pasajera (cf. Jn. 7, 2-9).

c) A lo largo de todo su ministerio Cristo mostró que era totalmente libre en el espíritu, que vivía sin pecado (Jn. 8, 46) y en continua unión con el Padre (Jn. 5, 19-20; 10, 30-38). Este espíritu interior le dio un poder de clarividencia para reconocer el verdadero significado de las palabras de Dios (cf. Mt. 5, 20-48), absoluta fidelidad para obedecer el deseo de Dios tal como estaba manifestado en la palabra de la Ley (Mt. 5, 17-19; cf. 2 Cor. 1, 18 ss.) y en los decretos de la legítima autoridad (Mt. 23, 1-3; Jn. 19, 11).

d) Esta libertad de espíritu le permitió hablar con una autoridad que sus oyentes reconocían enseguida (Mt. 7, 28-29; Lc. 4, 22, 32, 36). Ello le hizo atreverse también a decir verdades duras que la gente no quería oír (cf. 52-66) y a criticar, aún a los jefes del pueblo, cuando su conducta e interpretación de la ley de Dios no estaba de acuerdo con el verdadero significado de la palabra divina (Mt. 23; Lc. 11, 37-54).

e) Toda la actividad de su ministerio público estaba encaminada a la liberación de los hombres de las cadenas de lo meramente humano y de la estrechez de vida de la Antigua Alianza, a hacerlos libres con la libertad perfecta de los hijos de Dios. Ejerció su misión liberadora en todos estos aspectos:

— Convencido de que la «verdad os hará libres» (Jn. 8, 32), fue infatigable en predicar la palabra de Dios y en urgir la fidelidad a ella, que libera del pecado y une al hombre con Dios (cf. la importancia de *aletheia* en el evangelio de Juan).

— Convencido de que el pecado es el peor mal del hombre, trató de suscitar la conversión del corazón (Lc. 19, 1-10; Jn. 4, 1-30) y acogía a los pecadores arrepentidos, aún cuando esto ofendía la sensibilidad de los judíos «rectos» (Lc. 5, 29-32; 7, 36-50; Jn. 8, 1-11).

— Convencido de que la caridad es la ley principal de la Nueva Alianza, explicó su verdadero significado y mostró cómo capacitaba a los hombres para vivir en paz con Dios y con los demás (cf. Lc. 6, 27-38).

— Convencido de que el deseo del Padre se dirige a la «salvación» del hombre completo (cf. Mt. 12, 9-14), libró a algunos del hambre, la enfermedad, la muerte y la posesión demoníaca. En el lenguaje de san Agustín estos milagros eran «*verba sensibilia*», éstos es, acciones dirigidas a expresar con fuerza la totalidad del designio misericordioso de Dios referente a la liberación de los hombres de todo mal, y la autenticidad de la misión de Cristo destinada a conducir a los hombres a la plenitud de la vida.

f) Aún en medio del sufrimiento personal y mientras se hallaba confrontado con un ataque mortal, Cristo manifestó la libertad del espíritu, que era el fruto de su perfecta fidelidad a Dios. Aunque desempeñó su conducta con una prudencia extrema, huyendo cuando era necesario huir y poniéndose él mismo en peligro sólo cuando era necesario, rehusó resueltamente levantar espada contra espada. Es claro que, es su propia vida, creyó que la fidelidad a su misión y la paciencia en el padecimiento de sus resultados penosos e inevitables, era de mucho más valor para su misión que cualquier modo de resistencia armada (cf. 1 Pe. 2, 21-24).

2. Liberación en la vida de la Iglesia Primitiva.

Los Evangelios y Cartas, que articulan la fe de la primitiva Iglesia, dejan claro que, por medio de Jesús, Dios ha realizado el acto definitivo de liberación del hombre. Ambas expresiones idénticas y diferentes fueron utilizadas en la Iglesia madre de Jerusalem y, más tarde, en las Iglesias de la Diáspora para expresar esta verdad. Sin intentar localizar el origen de las diversas afirmaciones de fe, citamos aquí algunas de las formas características de expresión:

— Jesús habló como el *pais tou theou* (Act. 3, 13, 26; 4, 25, 27, 30), que llevó a cabo la misión del Siervo isaiano (cf. Is. 53). (N.B.: Intimamente unido con esta designación se halla el concepto de Dios como *Go'el* que se repite en el segundo Isaías y que caracteriza ampliamente la petición del judaísmo tardío de una intervención definitiva de este *Go'el*-Redentor).

— A Jesús estaba unida la obra de *apolytrosis* de Dios (Rom. 3, 24; 1 Cor. 1, 30; Col. 1, 14; Ef. 1, 7).

— De Jesús se habló como *Pascha* que introducía la Nueva Alianza (1 Cor. 5,7; cf. el concepto temporal de la Pascua de la última Cena

de los Sinópticos, y las palabras de la institución de la eucaristía en los sinópticos y en san Pablo).

— Jesús habló como *Sōter* y el cumplimiento de su misión fue descrito como una *sōteria* (Lc. 2, 11; Jn. 4, 42; Act. 5, 31; 13, 23; en otro lugar la *sōteria* era una coloración de la Parusía).

— Jesús habló como quien ha llevado a cabo una acción liberadora (*eleutheroun*) Gal. 5, 1; Jn. 8, 34-36; en otros lugares los verbos análogos a éste, hablan de la «liberación» como ya realizada o como acontecimiento que será plenamente manifestado en la Parusía.

— Jesús habló como el *ischyroteros* que libra de la opresión del *ischyros* (Lc. 11, 21-22).

La fe afirmada en estos términos y títulos expresó la conciencia eclesial del contenido pleno de la liberación forzada por la obra redentora de Cristo, como su doble faceta de liberación definitiva del mal y unión definitiva con Dios. Aunque los aspectos positivos y negativos fueron juzgados como de igual importancia (cfr. Rom 4, 25) los escritos del Nuevo Testamento atestiguan la gran importancia que los primeros cristianos daban al aspecto positivo de la liberación. Así los Corintios estaban tan fascinados por las bendiciones de su nueva vida en Cristo que algunos de ellos olvidaron el otro aspecto esencial de la liberación, éste es, la liberación del mal moral del egoísmo.

Esta acentuación de los frutos positivos de la obra de Cristo, puestos de manifiesto en los dones del Espíritu, creó una sensación de plenitud y seguridad que S. Pablo expresa elocuentemente en Rom. 8, 28-39, cfr. el himno bautismal de Ef. 1, 3-14. Consecuentemente la palabra «Ahora» posee en los escritos paulinos un rico contenido teológico, el tiempo neutral humano (*Chronos*) dejó paso al concepto del tiempo como (*Kairos*), éste es, el presente como preñado de posibilidad dada por Dios de entrar más profundamente en las riquezas de Cristo (cfr. 2 Cor. 5, 16-6, 2).

Este modo de pensar hubo de influir en la actitud cristiana hacia la vida de éste mundo. La esperanza de la consumación gloriosa de la Parusía, aun cuando careciera de las exageraciones de 2 Tes. 3, 7-12 y 1 Cor. 4, 8-16, era apropiada para engendrar indiferencia respecto a las realidades de la situación política y social (cf. 1 Cor. 7, 17-24; 29-31). Por el hecho de que la Iglesia poseía la riqueza plena de la obra redentora de Cristo, parecía existir poca necesidad de

preocuparse por las formas menores de liberación humana (cf. Carta de san Pablo a Filemón).

Para que esta recopilación no se convierta en una caricatura de la «amundaneidad» de la primitiva Iglesia, es necesario señalar que la *didachē* presentada por los apóstoles y los maestros de las comunidades locales contenía algunas correcciones de lo que no era realista o era desequilibrado. Bastante de este material está reproducido en el corpus del Nuevo Testamento. Un rápido repaso de las directrices apostólicas nos será de mucha utilidad, pues contienen el desarrollo del papel que la Iglesia real debía representar en el mundo real.

a) Al explicar cómo Cristo liberó al hombre de la ley, el pecado y la muerte, Pablo resalta que esta liberación debe ser co-operada activamente por la resuelta participación personal en la experiencia de Cristo de muerte-resurrección. Aparte de textos claros como Rom. 6, 1-11; 1 Cor. 6, 12-20; Gal. 5, 13-24, el pensamiento de san Pablo encuentra su expresión más gráfica en Rom. 7, 14-25. Aquí muestra que la única esperanza del hombre de verse libre de la esclavitud de su propio egoísmo es hallarse en una aceptación activa y duradera del pleno contenido de la liberación de Cristo (N.B.: En la enseñanza de la Iglesia se explica que la «libertad» dada por Cristo no debe ser empañada o tergiversada nunca «por la filosofía oportunista, vacía y racional basada en los principios de este mundo en vez de en Cristo», cf. Col. 2, 4-8).

b) A lo largo de todas las epístolas se resalta constantemente la necesidad de justicia y caridad como el espíritu esencial de vida y libertad en Cristo y como su manifestación más característica. Mientras respeta las diferencias nacionales, culturales y sociales entre los hombres, Pablo condena las distinciones que se consolidan por la soberbia y el egoísmo (*sarx*). Invita a que, en medio de las diferencias naturales se lleve a cabo una verdadera unidad por el ejercicio de la caridad a la que cada uno aporta su don distintivo y providencial para bien de la totalidad (cf. 1 Cor. 12; 2 Cor. 8-9). Las múltiples aplicaciones de esta doctrina en las Epístolas, muestran cómo la justicia y la caridad pueden ser eficaces, en las distintas situaciones, para liberar a los hombres de toda forma de iniquidad y necesidad.

c) La fidelidad y santidad del cristiano y la paz y unidad de la comunidad cristiana están representadas como un poder operante cuya influencia irradiaría sobre todos los hombres (cf. 1 Tes. 1, 7-10; 4, 9-12; Fil. 2, 14-16; Rom. 1, 8).

CONCLUSION

El amor de Dios, manifestado en la obra de Cristo, «sobrepasa todo entendimiento» (Ef. 3, 19). Para los débiles ojos humanos es como la luz cegadora del sol. Los escritores del Nuevo Testamento levantaron para esta luz un prisma de construcción humana y divina. Con este prisma han refractado la luz del sol en rayos separados, suficientemente ténues para que el ojo humano los pueda contemplar larga y amorosamente. Uno de estos rayos se llama «liberación». Hemos intentado estudiar su significado en este trabajo.

A lo largo del trabajo de composición, sin embargo, hemos sido conscientes de que la luz de la obra salvífica de Dios es más brillante que cualquier rayo aislado, incluso, que todos los rayos del espectro bíblico. Por tanto un estudio preciso de «la Liberación en la Sagrada Escritura» puede ser una valiosa contribución, pero no puede decir la última palabra. Para ser entendida completamente, la liberación debe ser mirada como un rayo que debe unirse a todos los demás rayos del espectro —como un aspecto del misterio total de Cristo en el que vive.

Por tanto, aunque aquí hemos intentado centrar la atención simplemente en el concepto de liberación, somos plenamente conscientes de que este estudio debe ser complementado por todas las demás «inefables riquezas» de Cristo.

Barnabas Mary Ahern, C.P.

Traducción: SANTIAGO GUIJARRO OPORTO.